

## *La creación literaria en la radio*

Juan Farias

Cuando yo era pequeño tenía cinco hermanos y un padre mágico.

Mi padre, que tenía un vozarrón de ogro bondadoso, solía leernos en voz alta.

Gracias a mi padre mi memoria se fue llenando de héroes.

John Silver, Oliver Twist, el inefable Huckleberry y tantos otros, se despegaron de las páginas de los libros para hacerse un tanto responsables de mi actual forma de ser. En buena parte tuvieron la culpa de que yo quisiera dar la vuelta al Mundo en un bergantín, descifrar el secreto de la aventura, casarme con el hada del último cuento feliz, tener cinco hijos, plantar un roble y escribirlo todo en un libro.

Contento de ser el hijo del padre que me tocó en suerte, también me hubiera gustado ser el discípulo de Ahmed ben Idris, un anciano que en el zoco de Beni Tuzin contaba una y otra vez la historia de su pueblo.

Sentado entre los vendedores de casi todo, empezaba a hablar. Enseguida lo rodeaban los cabileños y feriantes, a escucharlo en silencio, inquietos y orgullosos al descubrirse descendientes del Padre Adán, de la misma Tierra y de los héroes que rompieron todos los maleficios.

También me gustó navegar cuando aún salía humo por las chimeneas de los barcos.

Los viejos marineros de aquel entonces se atrevían a creer en voz alta todas las historias de la serpiente marina y más de uno juraba haber oído cantar a las ballenas.

Apenas unos años más tarde el sonar vino a borrar la sonrisa de los escépticos que no creyeron en la palabra del viejo Simbad.

Estos son algunos de mis mejores recuerdos y el principio de una vocación.

Cuando he sentido una emoción, he sido feliz o algo así; cuando he sido testigo de un acontecimiento, protagonista de una aventura o leído un libro que haya merecido la pena, siento de inmediato la necesidad de hablar de ello, comentarlo en voz alta, opinar e incluso hacer una detallada narración de lo ocurrido. L

Al ser yo testigo o protagonista se produce una natural alteración tanto en el juicio como en el relato. Lo que expongo aparece cargado de subjetividad, a tono con mi agrado o desagrado.

No soy juez. Vengo de la feria y matizo mi experiencia de acuerdo con mi grado de locura.

La literatura, con todos sus elementos substanciales, historia, crítica y filosofía, particulares en cada individuo, condicionantes de su ética y reflejo de su personalidad, transmitidos de viva voz, uno de los procedimientos que más me divierten.

De viva voz, es uno de los medios de que se vale la literatura (arte que emplea como instrumento la palabra) para incidir sobre las líneas de cultura. Y lo hace así desde mucho antes de que el hombre, a martillazos con un pedrusco, inventase la memoria escrita.

Es más, yo diría que la literatura oral va por delante de las otras y disfruta de auténtica libertad, hasta el punto de permitirse formar o deformar un idioma.

La literatura escrita es más lenta y padece de vanidad: cree, ingenuamente, en su importancia y perennidad.

Todo lo anterior son notas para un discurso muy largo.

O quizá solo ganas de discutir, que es, he de admitirlo, uno de mis deportes preferidos.

Lo que sí es cierto es que he empezado tratando de justificar, de la forma más breve posible, mi predilección por la lectura en voz alta, uno de los factores que me llevaron al total desacuerdo con el uso que la radio hace de la literatura.

(Una de las cosas que me gustaría determinar es si hoy, aquí, pretendemos encontrar fórmulas que nos sirvan para que el niño se aficiona a la lectura o si estamos dispuestos a aceptar cualquier procedimiento válido para introducirlo en el universo literario).

Hablemos de radio y literatura.

Podría teorizar. He asistido al suficiente número de congresos internacionales y creo tener la imaginación necesaria como para construir cualquier cosa en el aire.

Prefiero analizar mis experiencias porque pienso que enumerar los pecados suele servir, si uno es honesto, para establecer la tabla de correcciones.

Empezaré afirmando que cuando la radio se cruzó en mi camino me sentí un hombre afortunado. Era mi oportunidad para practicar la lectura en voz alta.

Me supe en un púlpito de privilegio, ayudado por una legión de ondas medias, largas y cortas que llevarían mi palabra a todos los rincones imaginables.

Eran tiempos felices. La radio gozaba de toda la popularidad deseable. Tenía sus dioses y sus profetas.

Los aparatos, aún de lámparas, se diseñaban de una forma calculada para hacerlos destacar como imágenes de un nuevo fanatismo. Solía cubrírselas con delicados tapetes de hilo y sobre ellas, como si fuese la piedra de las rogativas, se colocaba la foto de los hijos, la de bodas o un jarrón con delicadas flores de papel.

De todo esto hace más de veinte años.

Yo entré en la radio para hacer adaptaciones.

Con la alegría de los santos predicadores arremetí contra la literatura para trasladarla a un lenguaje radiofónico.

Mi grado de estupidez llegó a tales extremos que me creí genial cuando tomando un pasaje de Tolstoy sobre la batalla del Borodino lo sustituí por el ruido de los cañones, el relincho de los caballos, los ¡ay! de los moribundos y al fin, plagiando a Tchaikowsky en su *1812*, hice sonar, de fondo, sobre el fragor de la batalla los enfáticos compases de un himno nacional.

En pago de semejante barbaridad recibí un montón de felicitaciones.

Gracias a mis adaptaciones (que no eran de las peores) el oyente consiguió no enterarse de como escribían Poe, Dostoyewski, Dickens...

Fui navegando por el aplauso, satisfecho de lo que creía una labor cultural, mimado incluso por los señoritos de la emisora para la que trabajaba.

Todo iba bien, pero un día vine a darme de narices con la cabezota de Moby Dick.

Por un momento he tenido la intención de enumerar concilios y citar opiniones; llenar cuatro o cinco páginas con referencias a la UER, a los Encuentros de Tenerife, a las Reuniones de la Escuela Oficial, a Milán y Tokio... traer aquí el nombre de las personalidades que deciden en el mundo de la radio y cerrar, al fin, con un pliego de conclusiones.

Me quedo en mi discurso.

Después de repasarlo todo hubiese llegado a estos dos puntos.

a) Las emisoras comerciales rechazan los programas literarios.

b) Las emisoras del estado (exceptuando la nuestra) insisten en este tipo de programas por considerarlo parte de su compromiso con la cultura.

La razón de las emisoras comerciales es válida. Su compromiso real no es con la sociedad sino con los libros de caja. Hablan de servicio y lo hacen con ilusión. Esto les sirve para disimular su mercantilismo. En ellas los programas no son más que un pretexto para situar las cuñas publicitarias.

Nuestra emisora nacional adopta la misma postura que las emisoras comerciales y sale en busca de grandes niveles de audiencia. Da la impresión de que confunde servicio con éxito, de que quiere medir su importancia con la intensidad del aplauso.

Quedamos en que las emisoras del estado, en el resto del mundo, y sobre todo en los

países industrializados, se ocupan de la literatura por considerarlo parte de su compromiso social.

En estos programas trabajan y se comprometen autores, actores, directores, críticos y oyentes.

En la BBC (por poner un ejemplo y no el más espectacular) aceptan que la TV ha restado oyentes a la, radio, pero no por esto dejan de considerarla una opción más dentro del juego de opciones que se ofrecen tanto dirigidas al tiempo libre como, de una forma minoritaria, a las diversas células de la cultura.

En lo que a literatura se refiere, supongo que es suficiente la diminuta parte del catálogo que vino a parar a mis manos.

Hay un *Alicia en el País de las Maravillas* leído por Dick Bogarde, un *Rey Lear*, de Richard Burton y una lectura de Erasmo en la muy sabia voz de Sir John Guilgud.

Los textos y sus intérpretes convierten estas grabaciones en documentos culturales de primer orden.

La BBC no se limita a la emisión sino actuando como editora, recogido el programa en cinta y disco, lo lanza al mercado del sonido.

Gran parte de los programas literarios de la BBC pueden comprarse a precios sin competencia, en cualquier tienda de Londres.

BBC, RAI, FRANCE CULTURE, etc., dan continuamente un ejemplo que nuestra emisora nacional no quiere seguir.

Y como final de este más discurso que ponencia, en apoyo de esa idea de que la radio es una fuerza considerable a la hora de inducir a la lectura, permítanme algunas afirmaciones.

La lectura en voz alta, el sonido de las palabras y las ideas, es algo que debe tenerse en cuenta a la hora de iniciar a alguien en la literatura.

La palabra escrita, al carecer de tono, necesita un complemento que defina su intención.

La palabra "pan", pongo por caso, según el tono puede expresar hambre, angustia o ser la sonrisa de un hombre satisfecho.

El pesimismo, expresado en voz alta, tiene una musicalidad distinta a la esperanza.

La duda suena balbuciente mientras que la certeza es rotunda.

Así, entiendo yo, una lectura correcta, cuando la música se corresponde con la idea original, facilita, sin duda alguna, la interpretación del mensaje.

La lectura del sonido, como la lectura de los signos, crea las imágenes en la mente del lector, necesita de él, de su imaginación e interés, para completarse como obra de arte.

De una forma u otra, escuchar es un medio de adquirir cultura y no precisamente el menos importante ni el menos popular.

En contra de lo anterior estaba la imposibilidad de repetir la lectura de una frase, el volver una página atrás, el hacer una pausa para la meditación, pero la técnica ha cubierto esta deficiencia. Los aparatos de radio hace ya mucho tiempo que tienen memoria.

Uno podría seguir camino entre la crítica y la nostalgia, decir: esto pudo haber sido y no es, disimular así ese poso de rencor que suele quedarnos de lastre cuando no se ha cumplido un deseo.

No es menos cierto que defender causas perdidas puede ser tanto o más emocionante. U no, que siempre cree tener la razón, llega a sentirse paladín e incluso mártir, sobre todo cuando la negativa proviene de un libro de contabilidad o un afán de popularidades.

No sé si soy el último creyente o un cretino que anda suelto, pero desde cualquiera de las dos posiciones insistiré en predicar, ante los doctores de esta radio nuestra de cada día, la importancia de la literatura en la radio.